

LOS PUEBLOS DE TALLA PIGMEA

Martin Gusinde

Las primeras noticias sobre una comunidad entera de talla enana se remontan a un periodo muy lejano de la antigüedad. Ya los antiguos egipcios habían obtenido información fidedigna acerca de un grupo numeroso de indígenas de estatura excepcionalmente baja que se suponía vagaba en los alrededores de las fuentes del Nilo. Algunos faraones lograron obtener individuos de esa entidad étnica y llevarlos a sus palacios donde se les empleaba como bailarines en ceremonias religiosas, para obtener abundantes lluvias. Tales noticias ya habían sido transmitidas a los griegos, contemporáneos del famoso poeta Homero, pues él alude en "La Iliada", a un combate de los pigmeos contra bandadas de grullas a lo largo del Nilo. En los comienzos de la Era Cristiana nadie en Europa se preocupaba de los acontecimientos ni de los habitantes del Africa Central. Durante los siglos de la expansión del Mahometanismo en el Norte de Africa, los geógrafos árabes investigaron muy detenidamente las costas de ese continente hasta la zona tropical, pero no realizaron viajes de exploración hacia el interior. No sorprende, pues, que los círculos científicos durante la edad media tampoco se sintieran impelidos a cerciorarse acerca de los grupos de pigmeos, que una creencia general ya presumía como habitantes de las selvas oscuras del Africa tropical. Las largas discusiones de los teólogos y filósofos sobre ese tema acababan generalmente declarando a los supuestos enanos, como

verdaderos chimpancés. Los sabios de entonces sostenían que los viajeros que habían cruzado esas lejanas selvas, habían confundido a los grandes monos con gente verdaderamente humana, debido a la oscuridad existente en esas tupidas selvas. Tan profundamente arraigada se mantuvo esta absurda creencia, que los geógrafos europeos de principios del siglo XIX aún la propagaban como sincera verdad.

Finalmente en el año 1869 se reveló la verdadera situación. El botánico alemán *Georg Schweinfurth*, habiendo cruzado los distritos meridionales del Sudán llegó a la residencia del poderoso rey Munsu de los Mangbetu. Después de algunos días de permanencia entre esos negros, vió una mañana unos doscientos hombres de estatura enana, de tipo antropológico completamente distinto del de los Mangbetu, que llamados por el rey, bailaron delante del mencionado científico alemán. Sorprendido éste por tal inesperado espectáculo, inició enseguida detalladas observaciones e investigaciones, las cuales le llevaron a la conclusión de que estaba frente a verdaderos pigmeos de quienes ya los egipcios tenían noticias, y que eran seres humanos que vagaban por las selvas del Africa tropical. Desde dicho año nadie dudó de la existencia de gentes de estatura enana, en el bosque africano.

Durante las últimas décadas del siglo pasado, han sido descubiertos varios grupos de pigmeos en Africa. Informaciones y diversas noticias sobre su modo de vivir, sus costumbres y particularidades y de su tipo racial se acumularon en los centros científicos de Europa hasta alcanzar una considerable cantidad; un concienzudo análisis no dejaba duda alguna de que los pigmeos representan una raza muy antigua. Tal es así que esos enanos, debido al aislamiento en el cual han pasado numerosos siglos, han conservado costumbres y creencias, instituciones y leyes, que se remontan a periodos más o menos cercanos al comienzo de nuestra familia humana. De tal hecho se deriva la importancia de estos grupos para la historia de nuestra cultura en general; pues su vida, costumbres, y creencias son, con debidas restricciones, similares a las de nuestros antepasados de muchas generaciones atrás.

Tomando esto en cuenta no quedamos dependientes de puras especulaciones o fantásticas construcciones, menos de la pura teoría darwiniana, cuando deseamos averiguar el modo de ser y sentir de nuestros remotos antecesores. Por el contrario, la vida misma que los pigmeos llevan en nuestros días reflejan, en rasgos esenciales, las condiciones dentro de las cuales la humanidad se hallaba hace miles y miles de años. Claro está que desde tan largo periodo, mucho se ha cambiado, renovado y lentamente perfeccionado en el modo de vivir de esos hombres prehistóricos. Desde antiguo seguramente, se han iniciado la dife-

renciación cultural y racial que puede observarse hoy día, así como una notable diversidad de tipos en los grupos humanos de talla pigmea. Sin embargo, rasgos esenciales y comunes a todos ellos remontan a innumerables generaciones atrás.

Convencido profundamente de la importancia de los pigmeos para el entendimiento de la cultura humana, el famoso etnólogo y lingüista, Rvdo. Padre *Wilhelm Schmidt, S.V.D.*, fundador del Instituto Internacional "Anthropos" y Director científico del Pontificio Museo Misionero-etnológico del Laterano en Roma, publicó en 1910 un llamamiento urgente, invitando a los antropólogos en el mundo entero a dedicarse sin demora a la ardua tarea de estudiar metódicamente a las tribus pigmeas a la par que otras primitivas que se encuentran al mismo nivel. Pues, todas ellas estaban en seria amenaza de ser extinguidas por el rápido avance de la colonización europea. El mismo Padre W. Schmidt organizó varias expediciones entre tribus pigmeas en África y Asia. De este modo, ricos tesoros de inmenso valor histórico fueron recogidos entre las más primitivas poblaciones por serios investigadores de las ciencias antropológicas. Actualmente puede decirse que todos los grupos de estatura pigmea, de que se pudo obtener noticias, ya han sido visitados y estudiados por especialistas. El que suscribe ha tenido la dicha, a mediados del año 1956, de descubrir en la Aiom-montaña de Nueva Guinea (Australia) un grupo de indígenas hasta la fecha jamás visitado por antropólogo alguno, al que logró determinar como verdadera tribu pigmea y esencialmente distinta de los melanesios. En una palabra nos atrevemos a decir que en todo el mundo ya no quedan grupos de pigmeos, por ser estudiados.

Si acaso alguien preguntara por qué razón los antropólogos han demorado tanto en investigar la vida y las cualidades raciales de los pigmeos, a quienes valoraban como importantísimos miembros de la gran familia humana, se pueden encontrar razones para contestar. Inmensas dificultades se oponen a tal empresa y la hacen casi imposible; todas las tribus pigmeas que han sobrevivido tantos acontecimientos (revoluciones y guerras interminables), en esta tierra desde la aurora del género humano, deben su conservación hasta nuestros días, a un duro aislamiento, en el que se habían refugiado y en donde se mantenían más o menos escondidos e inaccesibles para otros grupos indígenas. Un explorador moderno confronta inmensas dificultades, si intenta introducirse en una entidad étnica, separada de toda comunicación con otros pueblos y sin acceso fácil. Hay otra circunstancia que dificulta también una exploración científica de esos grupos primitivos: su modo de vida

nómade que les obliga el vagar en busca de alimento y no les permite una vida sedentaria en pueblitos o aldeas, con habitantes fijas.

Haciendo una revisión de los grupos de talla reducida se percibirá mejor las condiciones naturales en que viven. Los más numerosos son los Twides africanos, de quienes ya los egipcios y griegos tenían algunas noticias. El bosque siempre verde, oscuro y muy húmedo a causa de las diarias lluvias es su morada; tal ambiente no es adecuado para agricultores y ganaderos, como lo son numerosas tribus de negros africanos y hamitos o nilotes. En condiciones no muy distintas, los indígenas de las islas Adaman llevan también una vida nómade; igual sucede con los indígenas de las regiones montañosas de las islas Filipinas, conocidos desde su descubrimiento por Fernando de Magallanes, con el nombre de Aëta., y finalmente tenemos a los Aiom-pigmeos de Nueva Guinea. Los Twides, en Africa central, se subdividen en tres grupos, de acuerdo a sus particularidades somatológicas: los del Este conocidos como Bambuti, los del Oeste muy numerosos, y los del Sur; entre éstos últimos el grupo de los Twa en Ruanda es el más representativo. Estimo que el número total de los pigmeos africanos alcanza a 168,000 (véase *M. Gusinde. Die Twiden: Pygmaeen und Pygmoiden im tropischen Afrika. Wien 1956*). Hay todavía otros primitivos de talla reducida, como los Semang y Senoi en la península de Malaca, los Vedda de Ceilán, los Bosquimanos del Sur de Africa, que pueden ser también clasificados como "pigmoides". Lo que nos induce a aclarar en qué sentido el término "pigmeo" es empleado por la Antropología Moderna: un pueblo es clasificado "pigmeo", cuando sus varones no alcanzan 150 cm. de talla, como término medio. Los "pigmoides" tienen como promedio unos tres centímetros más. Por lo visto, esta expresión se refiere solamente a un rasgo somatológico: la talla. Muy al contrario, los antiguos Egipcios designaban con este mismo término un tipo somatológico bien definido, propio de los indígenas enanos de la selva africana central. Para nosotros, el término "pigmeo" no pretende ser más que una clasificación basada en la talla de un individuo de pie.

Queda entendido que las razas pigmeas concuerdan solamente en su talla muy reducida. Los pigmeos son sanos y robustos, pues de lo contrario no habrían podido perdurar a través de tantos siglos. En cuanto a otros rasgos somatológicos discuerdan notablemente, en el color de la piel, en la formación de la cabeza y de la cara, en la estructura y abundancia de pelosidad, en las impresiones digitales y los grupos sanguíneos, etc. De tales diferencias, de naturaleza morfológica, me veo obligado a deducir, que las mencionadas tribus de pigmeos y pigmoides no deben considerarse como una entidad biogenética. A mi modo de

ver constituye cada una de ellas un desarrollo mutativo independiente de los demás, cuyas causas fisiológicas o genéticas no se ha logrado descubrir. Merece atención especial la falta de típicos rasgos primitivos, a pesar de que los pigmeos pertenecen a las razas más antiguas que existen actualmente.

La actividad socio-económica de los grupos pigmeos es la del nomadismo, pues andan vagando a través de su territorio, en busca de substancias alimenticias. Ellos mismos no producen nada y por tal motivo quedan en dependencia completa de lo que la naturaleza les ofrece libremente. En otra palabra; son ellos recolectores de los productos de su tierra. La caza de las diferentes especies de animales silvestres es la tarea del hombre; la mujer, por otra parte, se dedica diariamente a recoger cosas menudas, yerbas y tubérculos, frutas y hongos, reptiles pequeños, miel, peces, mariscos, insectos y gusanos de todo género. Lo que la madre y el padre aportan a su choza pertenece a todos los miembros de la familia; y cada cosa, excepto la miel, es preparada al fuego o en cenizas calientes. Las bebidas alcohólicas son completamente desconocidas; ya que no conocen al arte de la alfarería, por lo que carecen de un recipiente adecuado para el proceso de fermentación. Sorprende saber que el arma principal de los cazadores pigmeos es el simple arco con flechas.

Todo su ajuar se reduce a un minimum increíble. Poseen un reducido taparrabo y algunos adornos preparados de fibras y conchitas, dientes y semillas. Evitan mutilaciones de todo género. Su vida nómada no les permite establecerse en aldeas; cada familia pasa la noche hoy en un sitio y mañana en otro. Levantan en veinte minutos una choza de liviana construcción, o sea, un armazón de bastones y varillas cubiertos de hojas gruesas y de follaje; lo que es suficiente para proteger el fuego y a los miembros de la familia durante la noche y las largas lluvias. Su vida material es evidentemente lo más simple y lo más pobre que puede imaginarse. No han aprendido a valerse de la piedra para preparar sus armas y objetos de uso diario. El material lo constituyen la madera, cueros, dientes, huesos, fibras, vegetales y pedazos de conchas o de bambú para cortar.

Los pigmeos no han desarrollado una complicada organización social que reparta la entidad en diferentes clases o categorías con funciones u ocupaciones especiales. No reconocen un jefe o cacique, ni rey o sacerdote que les guíe y a quien todos deben obedecer.

Eso sí que toda su entidad étnica está dividida en numerosos grupos de cuatro a ocho familias. Los miembros de cada cual se conside-

ran ligados entre ellos por parentesco e íntima amistad; vagan y viven a modo de una larga familia, se ayudan y se defienden mutuamente. Aún en un grupito de sólo pocas familias, mantienen cada una de éstas su completa independencia de las demás y el completo derecho de disponer de sus propios destinos y deseos. Coincide con esto, que el área donde los pigmeos viven está dividido en distritos bien vastos y cada uno de ellos pertenece, como propiedad comunal, a un determinado grupo de familias. Sólo los individuos que al grupo pertenecen, tienen el derecho de cazar y recolectar dentro de los límites de esa propiedad, cuyos confines todos los vecinos los conocen bien, y no son violados. Dicen los indígenas que tal parcelación de su bosque, es una ley general y data ya desde mucho tiempo atrás.

Bien constituida se halla la familia natural, la cual se compone del marido y de su mujer, con los hijos de esta pareja. La unión monogámica es regla general y la esposa goza de la misma estimación y de los mismos derechos que el marido tiene; pues ella contribuye al mantenimiento de la familia no menos que él. Claro está que se goza de entera libertad en la elección del compañero; el divorcio no se conoce en estas tribus; los padres se muestran deseosos de ser rodeados por un buen número de hijos e hijas, a los cuales instruyen y guían desde muy temprano, introduciéndolos así, en las tareas a que todos los adultos son obligados, conforme a la división de trabajo entre marido y esposa. Los jóvenes de ambos sexos son sometidos a las ceremonias de iniciación o de la pubertad, en que se les enseña más detenidamente las leyes y costumbres, la historia y la tradición de la tribu; claramente desarrollado es el concepto de propiedad personal y comunal; este último abarca los derechos de las personas que viven juntos en un grupo de familias, propietario de un determinado distrito. En cuanto a la propiedad personal rige la ley que cada persona es y permanece propietario de todo lo que ella misma produce o crea, recoge o adquiere cambiando con otros propietarios, sin distinción de edad o sexo. Los hijos tienen la obligación de atender a sus ancianos padres y a todas las personas enfermas o ineptas para provisionarse a sí mismos. Numerosos otros detalles y particularidades de la vida familiar y de las relaciones mutuas de los individuos o pequeños grupos en la comunidad de los pigmeos podría agregarse. Basta decir que ellos manifiestan una conducta muy sencilla y de una índole cándida. El roce personal que yo he tenido con esa gente de condiciones económicas y sociales muy primitivas, durante largos años, tanto con las de África como con las del Asia, constituye períodos muy agradables de mi vida de explorador.

De conformidad con lo que se ha referido sobre las relaciones sociales, se halla también todo lo que comprendemos bajo el término de "vida psíquica o cultura mental". Por lo que puede verse directamente y que ellos evidencian en forma clara, no cabe duda que estos modestos cazadores gozan ilimitadamente de las cualidades mentales que son esencialmente las mismas, en todos los miembros normalmente desarrollados de la familia humana. En una palabra: también esos sencillos representantes de la humanidad, en un período histórico muy remoto, son verdaderos y completos seres humanos. Téngase presente que durante miles de años se han mantenido victoriosos en la lucha por su existencia, bajo condiciones naturales muy desfavorables, hallándose apartado de regiones, ricas en productos de todo género o favorecidas por un clima agradable. Nuestros pigmeos han construido armas al parecer juguetes, y siguen métodos con que fácilmente logran su presa, hasta el inmenso elefante. Poseen conocimientos tan completos y minuciosos del ambiente en que viven, que causa admiración. Nada escapa a su observación perspicaz. De todo lo que está a su alcance hacen el uso más práctico y aventajado.

Son los pigmeos de un carácter e indole personal mucho más agradable que los indígenas de cultura económica más avanzada de su vecindad. Son siempre alegres e inclinados a chistes así como a bailes, a cualquier hora del día y de la noche. Si las lluvias copiosas no lo impiden, se divierten hailando diariamente varias horas, reunidos todos los miembros del grupo formando un círculo estrecho, avanzan a paso corto o saltitos bajos, conforme al compás que marcan ellos mismos con palmoteos. Carecen de instrumentos musicales; manifiestan sin embargo por sus adornos sencillos y pinturas sobre el cuerpo cierto sentido artístico; pero la lucha por la existencia y la vida nómada no les permite dedicarse al desarrollo de las artes en general.

No debo dejar de mencionar sus creencias religiosas, las cuales concuerdan en lo esencial con las que conocemos de pueblos de nivel cultural tan bajos, como los primitivos recolectores. Todos ellos reconocen un solo Ser supremo como autor del mundo visible y de las leyes morales, a quien cada hombre le debe respeto y completa subordinación. Lo reverencian por medio de súplicas y sacrificios; por ceremonias muy dignas lo hacen los Aëta en las islas Filipinas; no se han desarrollado en alto grado entre ellos, tampoco el fetichismo. Creen en una vida del alma humana después de la muerte, pero no conocen las condiciones en que en ella se halla. El muerto recibe sepultura en su choza o al lado de ella, sus parientes se retiran de ese lugar.

¿Cuál será el destino en un futuro próximo de los grupos de talla baja? Debo contestar: Será más o menos el mismo de aquellos que siguen la vida de recolectores nómadas; es decir serán absorbidos lentamente por tribus vecinas, lo que pasa en Africa; o serán aniquilados rápidamente por enfermedades y ciertos vicios introducidos entre ellos, por contacto con los europeos, es el caso de los Onge en las islas de Adamán. Así es como ante nuestros ojos desaparecen esos importantísimos representantes de un tipo cultural que se remonta a un período muy antiguo en la historia de la humanidad.

